

BEST SELLER *del* NEW YORK TIMES

EL DIABLO ^{en} _{la} CIUDAD BLANCA



ERIK LARSON

*Chicago, 1893.
Una feria internacional,
un asesino en serie...*

Ariel

Erik Larson

El diablo
en la Ciudad Blanca

Traducción de
Jofre Homedes Beutnagel

Ariel

Título original:
The Devil in the White City

Primera edición: junio de 2019

© 2003, Erik Larson
© 2005, Jofre Homedes Beutnagel, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2019, Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3102-7
Depósito legal: B. 9.038-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

La inminencia del mal	11
Prólogo: A bordo del <i>Olympic</i>	15
Primera parte: Música congelada	25
Segunda parte: Una lucha terrible	151
Tercera parte: En la Ciudad Blanca	303
Cuarta parte: La crueldad al desnudo	433
Epílogo: La última travesía	473
Notas y fuentes	499
Notas	507
Bibliografía	549
Agradecimientos	557
Índice de nombres	559
Créditos de las ilustraciones	571

LA CIUDAD NEGRA

Lo fácil que era desaparecer: En Chicago entraban o salían un millar de trenes diarios, muchos con jóvenes solteras que nunca habían visto una ciudad, pero que tenían la esperanza de hacerse un hueco en una de las más grandes y duras del país. En palabras de la reformadora urbana Jane Addams, fundadora de la Hull House, una institución social y educativa de ayuda a los pobres: «Es la primera vez en la historia de la civilización que un número tan alto de jóvenes quedan desligadas de un día para el otro de la protección de sus hogares, y en que se les permite caminar sin compañía por las calles de la ciudad, y trabajar bajo techo ajeno».¹ Los empleos que buscaban eran de mecanógrafa, estenógrafa, costurera o tejedora. Por regla general, sus jefes eran ciudadanos con sentido moral, que perseguían la eficacia y el provecho, pero también había excepciones. El 30 de marzo de 1890, un directivo del First National Bank puso un anuncio en la sección de empleo del *Chicago Tribune* informando a las estenógrafas de que cada vez estaban «más convencidos de que ningún empresario decente y que no chochee sería capaz de solicitar una estenógrafa rubia, guapa, que no conozca a nadie en la ciudad y esté dispuesta a enviar su foto. Todos esos anuncios llevan el sello de la vulgaridad; es más, consideramos peligroso para cualquier mujer dar respuesta a unas propuestas tan indecorosas».

Las calles por las que iban al trabajo estaban llenas de bares, garitos y burdeles. El crimen campaba por sus fueros, y las autoridades hacían la vista gorda. «Ayer como hoy, los salones y los dormitorios de la gente normal eran bastante anodinos —escribiría Ben Hecht en su vejez, en un intento de explicar aquel rasgo persistente del viejo Chicago—. En cierto modo, era agradable saber que al otro lado de las ventanas el diablo seguía haciendo piruetas, entre fognazos de azufre.»² Max Weber comparaba la ciudad a «un ser humano sin piel»,³ sin sospechar hasta qué punto era acertada la comparación.

Morir antes de tiempo, de una muerte anónima, entraba dentro de lo normal. De los miles de trenes que cruzaban la ciudad, ni uno solo circulaba bajo tierra. El día menos pensado, al bajar de la acera, se podía acabar bajo las ruedas del Chicago Limited. La media de muertos en los cruces ferroviarios de la ciudad era de dos al día, y en circunstancias espantosas. A veces, los transeúntes recogían las cabezas. Y no acababa ahí la lista de peligros: tranvías cayendo de los puentes, caballos encabritados arrastrando carruajes contra la multitud... Los incendios se cobraban una docena de víctimas diarias. El adjetivo favorito de la prensa era «achicharrado». La difteria, el tífus, el cólera, la gripe, campaban por sus fueros. Y estaban los asesinatos. En la época de la exposición, el índice de asesinados de ambos sexos creció vertiginosamente en todo el país, pero en ningún lugar como en Chicago, cuya policía carecía de los efectivos y los medios necesarios para plantar cara al fenómeno. Durante los primeros seis meses de 1892, el número de muertos con violencia en Chicago casi ascendió a ochocientos, es decir, cuatro al día. Por lo general se trataba de crímenes prosaicos, por robo, peleas o celos: hombres que disparaban a mujeres, mujeres a hombres, niños que se disparaban por accidente... Hasta ahí, todo era más o menos comprensible. No había ocurrido

nada comparable a los crímenes de Whitechapel. (En 1888, la serie de cinco asesinatos de Jack el Destripador no solo había desafiado cualquier explicación, sino fascinado al lector americano, seguro de que nada similar podía ocurrir en su ciudad o pueblo.)

Pero las cosas empezaban a cambiar. La frontera entre moral y maldad parecía sufrir una degradación de la que nada ni nadie se salvaba. Elizabeth Cady Stanton abogaba por el divorcio; Clarence Darrow, por el amor libre; y una joven de apellido Borden asesinaba a sus padres.*

En Chicago, mientras tanto, un médico joven y guapo bajaba del tren y, con su maletín en la mano, se adentraba en un mundo de gritos, humo y vapor, cargado de olor a ganado y cerdos muertos. Y ese mundo le gustaba.

Las cartas aún tardarían en llegar; cartas de los Cigrand, los Williams, los Smythe... y así hasta un número indeterminado de familias que escribían al extraño y lúgubre castillo del cruce entre las calles Sesenta y tres y Wallace preguntando por el paradero de sus hijas y nietos.

Era tan fácil desaparecer, tan fácil decir que no se sabía nada, tan sumamente fácil, entre el humo y el ruido, ocultar que algo oscuro había echado raíces...

Así era Chicago en vísperas de la mayor exposición de la historia.

* El caso de Lizzie Borden, acusada de asesinar a sus padres con un hacha, pero absuelta por el jurado, supuso una verdadera conmoción en su época. (*N. del T.*)

«LO PEOR ACABA DE EMPEZAR»

La tarde del lunes 24 de febrero de 1890 había dos mil personas ante la sede del *Chicago Tribune*, un grupo más de los que se habían reunido a las puertas de los veintinueve periódicos de la ciudad, pero también en los vestíbulos de los hoteles, en los bares y en las oficinas de la Western Union y la Postal Telegraph Company. El grupo del *Tribune* se componía de hombres de negocios, empleados, viajantes, taquígrafa, policías y, como mínimo, un barbero. Los mensajeros esperaban, listos para salir corriendo a la menor noticia digna de ese nombre. Hacía frío. En las profundas callejuelas entre los edificios, el humo limitaba el campo de visión a unas cuantas manzanas. De vez en cuando, la policía despejaba el camino a uno de los tranvías de la ciudad, vehículos amarillos brillantes que debían su apodo de *grip-cars*, «coches de agarre», al hecho de estar conectados a un cable que discurría bajo el pavimento. Los grandes carros de los mayoristas hacían retumbar el suelo con los cascos de sus enormes caballos, que llenaban el aire turbio de su aliento.

La espera era tensa, pues el orgullo de Chicago estaba en juego. En todas las esquinas se observaba a los tenderos, los cocheros, los camareros y los botones para saber si había llegado la noticia, y si era buena o mala. Estaba siendo un buen año; por primera vez, la población de Chicago había

rebasado el millón de habitantes, haciendo de ella la segunda ciudad más poblada del país después de Nueva York; claro que los habitantes de Filadelfia, resentidos detentores hasta entonces de ese honor, no se cansaban de señalar que su rival había hecho trampa al anexionarse grandes zonas justo a tiempo para el censo decenal de 1890, pero Chicago no les hacía ningún caso. El tamaño de la ciudad hablaba por sí solo. Y había llegado el día en que, si todo salía bien, el este les vería al fin como algo más que un villorrio perdido habitado por codiciosos matarifes de cerdos. Si salía mal, si perdían, sería una humillación de la que costaría reponerse, dada la efusividad con que los próceres de Chicago habían insistido en que la victoria sería suya. Si Charles Anderson Dana, gran personaje de la prensa neoyorquina, la había bautizado como Windy City¹ («la ciudad de los aires»), no era por la persistencia del viento del suroeste, sino por la palabrería.

En el último piso del Rookery, donde tenían su despacho, Daniel Burnham, de cuarenta y tres años, y su socio John Root, de cuarenta recién cumplidos, eran sensibles como pocos a la tensión que reinaba en el ambiente. Ambos habían participado en conversaciones secretas, habían recibido determinadas garantías y habían llegado a realizar visitas de reconocimiento a los arrabales de la ciudad. Burnham y Root eran los principales arquitectos de Chicago, pioneros en la erección de edificios de gran altura, y autores de la primera construcción de Estados Unidos en haber merecido el nombre de «rascacielos». Daba la impresión de que cada año alguna de sus obras se convertía en el edificio más alto del mundo. Desde que estaban instalados en el Rookery (un magnífico y luminosísimo edificio diseñado por Root, en el cruce de las calles La Salle y Adams), gozaban de unas vistas del lago y la ciudad que nadie hasta entonces había visto, a excepción de los obreros del propio rascacielos, pero sabían

que, en función de lo que deparase el día, sus triunfos pasados podían palidecer ante los del futuro.

La noticia tenía que llegar de Washington por telégrafo. El *Tribune* la recibiría de uno de sus reporteros de plantilla. A continuación, sus editores, redactores y tipógrafos compondrían ediciones extraordinarias, mientras los fogoneros alimentaban con carbón las calderas de las prensas del periódico, que funcionaban a vapor. Un empleado pegaría cada nuevo boletín a los escaparates de modo que se pudiese leer desde fuera.

Poco después de las cuatro, hora oficial ferroviaria de Chicago, el *Tribune* recibió el primer telegrama.

Ni el propio Burnham podía decir a quién se le había ocurrido la idea, como si hubiera surgido de varios cerebros a la vez; al principio, el objetivo no iba más allá de celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón organizando una exposición mundial, y el plan había sido acogido con tibieza. El país, enfrascado desde finales de la guerra civil en un gran impulso de enriquecimiento y poder, no parecía muy interesado por conmemorar su pasado remoto. Pero eso fue así hasta 1889, el año en que los franceses habían dado la campanada.

Francia había inaugurado en el parisino Champ de Mars la Exposition Universelle, un acontecimiento de tales dimensiones y esplendor, tal exotismo, que sus visitantes salían convencidos de que era imposible superarlo. El centro de la exposición era una torre de hierro cuya altura (más de trescientos metros) superaba la de cualquier otra estructura creada por el hombre en el planeta, y que, más allá de garantizar eterna fama a su autor, Alexandre Gustave Eiffel, demostraba del modo más gráfico posible que Francia había tomado la delantera a Estados Unidos en el dominio del hie-

rro y el acero, a pesar del puente de Brooklyn, de la Horseshoe Curve y de otras incuestionables hazañas de la ingeniería norteamericana.

Si esa impresión tenía algún culpable, eran los propios Estados Unidos, por lo poco que se habían esforzado en exhibir sus capacidades artísticas, industriales y científicas en París. «Vamos a ser incluidos entre las naciones que han demostrado poco interés por las apariencias», escribió el corresponsal del *Chicago Tribune* en París, el 13 de mayo de 1889. Mientras otros países, sostenía, buscaban la dignidad y el estilo, los expositores norteamericanos habían erigido una mezcolanza de pabellones y quioscos sin ningún criterio artístico unificador ni plan global. «El resultado es una triste amalgama de tiendas, barracas y bazares que si de por sí, salvo excepciones, ya son poco vistosos, en conjunto pecan de incongruencia.» Francia, en contraste, no había reparado en medios para abrumar con su esplendor. «Más que rivales —escribía el mismo corresponsal—, los demás países son un simple aderezo para Francia; la pobreza de lo que aquellos exponen no hace más que resaltar —como era el objetivo— la plenitud, riqueza y magnificencia de los galos.»

La propia torre Eiffel, que los americanos, en un arranque de optimismo, habían tachado de atentado irreparable y monstruoso al bello paisaje de París, se había revelado como una obra de inesperada potencia, con su ancha base y su espigado fuste, que recordaban un cohete con su estela. Era una afrenta intolerable para un país como Estados Unidos, elevado a nuevas cotas de patriotismo por su creciente poder y su peso cada vez mayor en el concierto de las naciones. Hacía falta una oportunidad para superar a los franceses; ser, en suma, más Eiffel que el propio Eiffel. Y de pronto la idea de ser los anfitriones de una gran exposición conmemorativa del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón se convirtió en irresistible.

Al principio, la mayoría de los estadounidenses habían considerado que si en algún lugar debía celebrarse una exposición en honor a las más profundas raíces del país era en Washington, la capital. En ese momento inicial, hasta los capitostes de la prensa de Chicago estaban de acuerdo. Sin embargo, una vez perfilada la idea de la exposición se había convertido en un trofeo codiciable para otras ciudades, sobre todo como fuente de prestigio; y el prestigio, en una época en que solo la sangre superaba al lugar de procedencia como fuente de orgullo, constituía un aliciente nada desdeñable. De pronto, tanto Nueva York como Saint Louis se postulaban como sedes. Washington defendía sus derechos como centro del gobierno, Nueva York como centro de todo, y Saint Louis... A saber. En todo caso, valor no le faltaba.

Si en algún lugar pesaba el orgullo cívico era en Chicago, cuyos habitantes hablaban del espíritu de la ciudad como de una fuerza tangible, orgullosos de la rapidez con que se había recuperado del gran incendio de 1871. No contentos con reconstruirla, la habían convertido en la primera fuerza comercial, manufacturera y arquitectónica del país, pero ni siquiera toda la riqueza de la urbe había logrado disipar la idea de que era una ciudad de segundo orden, que prefería la carne de cerdo a Beethoven. La capital del país, por su refinamiento cultural y social, era Nueva York, y no se cansaba de recordárselo a Chicago por boca de sus próceres o de la prensa. Pues bien, si la exposición se organizaba con acierto, si superaba a la de París, podía acabar con ese sambenito de una vez por todas. Ante la candidatura de Nueva York, los jefes de la prensa de Chicago habían empezado a preguntarse: ¿Y por qué no Chicago? El *Tribune* avisaba de que «los halcones, los buitres y el resto de los sucios animales que infestan el suelo y los cielos de Nueva York aspiran a adueñarse de la exposición».²

El 29 de junio de 1889, el alcalde de Chicago, DeWitt C. Cregier, anunció la creación de un comité de ciudadanos, doscientos cincuenta entre los más ilustres. De ese comité surgió una resolución que concluía: «Los hombres que contribuyeron a construir Chicago desean la exposición y, dado que sus pretensiones son justas y fundadas, están decididos a obtenerla».³

Pero la última palabra la tenía el Congreso. Había llegado el momento de la gran votación.

Un empleado del *Tribune* se acercó al escaparate para pegar el primer boletín. Los votos iniciales ya distanciaban a Chicago de Nueva York, con ciento quince contra setenta y dos. El tercer y cuarto puesto eran para Saint Louis y Washington. Un congresista opuesto a la celebración del acto en sí había votado por Cumberland Gap, solo para fastidiar. Cuando la multitud que se congregaba en la acera del *Tribune* vio que Chicago aventajaba en cuarenta y tres votos a Nueva York, prorrumpió en gritos, silbidos y aplausos, aunque todos sabían que aún faltaban treinta y ocho votos para la mayoría simple y, por tanto, para la victoria.

Aparecieron nuevas votaciones. El crepúsculo ya empezaba a oscurecer el cielo, y las aceras se llenaban de personas de ambos sexos que salían del trabajo. Las mecanógrafas, las últimas en abandonar su puesto laboral, salían en masa del Rookery, el Montauk y otros rascacielos, luciendo abrigos sobre el clásico conjunto de blusa blanca y larga falda negra, que tanto recordaba a las teclas de sus Remington. Los cocheros tiraban de las riendas soltando palabrotas. Un faroletero corría por el margen de la multitud para encender surtidores de gas sobre los postes de hierro colado. De repente la calle era una explosión de colores: el amarillo de los tranvías, el azul de los repartidores de telegramas que pasaban

corriendo con sacas llenas de alegrías y penas, el dorado de un gran león montando guardia en la acera de enfrente, a la puerta de una sombrerería... Arriba, en lo alto de los edificios, las luces, de gas y eléctricas, se abrían a la oscuridad como flores nocturnas.

El empleado del *Tribune* volvió al escaparate, esta vez con los resultados de la quinta votación. «Un pesado y frío manto de tristeza cayó sobre la multitud»,⁴ observó un periodista. Nueva York había ganado quince votos; Chicago, únicamente seis. La diferencia se había estrechado. Un barbero comentó que debían de ser los votos de los congresistas que habían empezado pronunciándose a favor de Saint Louis. El comentario hizo exclamar a un teniente del ejército, Alexander Ross:

—Señores, estoy dispuesto a defender ante quien sea que la gente de Saint Louis es capaz hasta de robar en una iglesia.

—¡O de envenenar al perro de su mujer! —dijo alguien, y casi todos estuvieron de acuerdo.⁵

Mientras tanto, en Washington, el contingente de Nueva York —en el que figuraba Chauncey Depew, presidente de la línea ferroviaria New York Central y uno de los más celebrados oradores del momento— solicitó un descanso hasta el día siguiente, presintiendo que la situación podía sufrir un vuelco. Al enterarse, el grupo del *Tribune* abucheó la petición. La interpretaban (acertadamente) como una maniobra con la que ganar tiempo para ejercer nuevas presiones.

La propuesta fue desestimada, pero la cámara votó por hacer un breve descanso. En la acera del *Tribune*, no se movió nadie.

Después de la séptima votación, a Chicago solo le faltaba un voto para obtener la mayoría. Nueva York había perdido terreno una vez más. El silencio era profundo. Los coches de caballos no se movían de su sitio. La policía tampoco ha-

cía nada por disolver la cadena de tranvías que crecía en una y otra dirección, como un gran tajo de cadmio. Los pasajeros se habían apeado, atentos al escaparate del *Tribune* y al siguiente parte. Los cables que vibraban bajo el pavimento parecían entonar un grave acorde de suspense.

Poco después apareció otra persona en el escaparate del *Tribune*, un joven alto y delgado, de barba negra, que miró inexpresivamente a los espectadores. Llevaba un bote de cola en una mano, y en la otra una brocha y un boletín. Parsimoniosamente, dejó el boletín en una mesa. Estaba de espaldas, pero todos comprendieron lo que hacía por el movimiento de sus hombros. Desenroscó lentamente la tapa del bote de cola. Su expresión era un poco lúgubre, como si contemplase un ataúd. Metódicamente, aplicó cola al boletín, pero tardó bastante en aplicarlo al escaparate.

Su expresión no había cambiado. Pegó el boletín al cristal.

Burnham esperaba. Tanto su despacho como el de Root estaban orientados al sur, para satisfacer sus ansias de luz natural; un anhelo común a todo Chicago, donde las farolas de gas, que seguían siendo la principal fuente de iluminación artificial, no lograban disipar la perpetua penumbra del humo de carbón. Los edificios más recientes empezaban a estar dotados de bombillas, en instalaciones que a menudo combinaban el gas y la electricidad, pero en el fondo su aparición solo servía para agravar el problema, puesto que requería instalar en el sótano dinamos alimentadas por calderas de carbón. Cuando empezó a anochecer, las farolas de gas de la calle, y las luces de gas de los edificios de abajo, infundieron al humo un mortecino resplandor amarillento. Burnham solo oía el silbido del gas en las lámparas de su despacho.

Si su difunto padre le hubiera visto en un edificio tan por encima del resto de la ciudad, y hubiera sabido que esa altura correspondía a su prestigio dentro de la profesión, se habría llevado una gratísima sorpresa.

Daniel Hudson Burnham había nacido el 4 de septiembre de 1846 en la localidad de Henderson (Nueva York), en el seno de una familia entregada a los swedenborgianos principios de la obediencia, la subordinación del yo y el servicio público. En 1855, cuando Daniel tenía nueve años, la familia Burnham se había mudado a Chicago, donde su padre había prosperado como mayorista de productos farmacéuticos. Burnham había sido un estudiante mediocre. «En los archivos de Old Central consta que sus calificaciones medias descendían a menudo por debajo del aprobado —descubrió un periodista—, y al parecer nunca sobrepasó el notable.»⁶ En lo que sí despuntó fue en dibujo, actividad a la que se dedicaba sin descanso. A los dieciocho años, su padre le envió al este para estudiar con tutores privados y preparar los exámenes de acceso a Harvard y Yale. Por desgracia, Daniel se topó con un grave problema de nervios. «Fui a examinarme a Harvard con dos hombres peor preparados que yo, y los dos aprobaron sin problemas, mientras que a mí me suspendieron por haberme pasado dos o tres exámenes sin poder escribir ni una palabra.»⁷ En Yale, la situación se repitió. El rechazo de ambos centros se le quedó grabado de por vida.

En otoño de 1867, a los veintiún años, volvió a Chicago y buscó trabajo en un sector donde tuviera posibilidades de éxito. Le aceptaron como delineante en el despacho de los arquitectos Loring y Jenney. En 1868 escribió a sus padres que había descubierto su vocación, y que quería ser «el mejor arquitecto de la ciudad o del país»,⁸ lo cual no le impidió irse a Nevada al año siguiente, con un grupo de amigos, para buscar oro. Fue un fracaso. Tampoco tuvo éxito al pre-

sentarse a la asamblea legislativa de Nevada. A su regreso a Chicago —sin blanca, en un vagón de ganado—, entró en el despacho del arquitecto L. G. Laurean. De pronto, en octubre de 1871, una vaca, un farol, confusión, el viento... El gran incendio de Chicago arrasó unos dieciocho mil edificios, dejando sin hogar a más de cien mil personas. Aquello prometía innumerables encargos a los arquitectos de la ciudad. A pesar de ello, Burnham cambió de oficio y se dedicó infructuosamente a vender vidrio laminado y productos farmacéuticos. «En nuestra familia —escribió— existe una tendencia a cansarse de hacer lo mismo durante mucho tiempo.»⁹

En 1872, su padre, exasperado e inquieto, le presentó al arquitecto Peter Wight, que, admirado por sus facultades como delineante, le dio trabajo en su despacho. Burnham tenía veinticinco años. Todo aquello le gustaba: Wight, el trabajo, y muy en especial otro de los delineantes del despacho, un sureño cuatro años menor que él llamado John Wellborn Root. Root, nacido en Lumpkin, Georgia, el 10 de enero de 1850, había sido un prodigio musical, y ya cantaba antes de aprender a hablar. Durante la guerra civil, con Atlanta en llamas, su padre le había llevado a escondidas a Inglaterra, concretamente a Liverpool, en un barco confederado. Root había conseguido entrar en Oxford, pero el final de la guerra le había pillado sin tiempo para matricularse, y su padre le había llamado a Estados Unidos, a su recién estrenada casa de Nueva York, en cuya universidad el joven estudiaría ingeniería civil antes de entrar a trabajar como delineante para el futuro arquitecto de la catedral de San Patricio.

Burnham le tomó cariño desde el primer momento. Admiraba la palidez de su piel, sus brazos musculosos y su modo de sentarse a la mesa de dibujo. De amigos pasaron a socios. Los primeros beneficios llegaron tres meses antes de

que el pánico de 1873 dejara la economía del país por los suelos. La diferencia fue que esta vez Burnham no tiró la toalla. Por alguna razón, la asociación con Root le hacía sentirse seguro; colmaba una carencia, y potenciaba las virtudes de ambos jóvenes. Mientras arañaban comisiones, trabajaban para otros despachos más afianzados.

Un día de 1874, un hombre visitó su despacho y, en un momento inolvidable, cambió sus vidas para siempre. Iba vestido de negro y parecía una persona del montón, pero tenía un pasado de sangre, muerte y beneficios astronómicos. Venía en busca de Root, pero como el menor de los socios no se hallaba en Chicago, se presentó ante Burnham como John B. Sherman.

Sobraban las presentaciones. Sherman, superintendente de los Union Stock Yards, el gran matadero de Chicago, dirigía un sangriento imperio que daba empleo a veinticinco mil personas de todas las edades y sexos, y que sacrificaba cuarenta millones de animales al año. Directa o indirectamente, casi una quinta parte de la población de Chicago dependía del matadero para su subsistencia.

Burnham le causó buena impresión. Le gustó su vigor, la mirada fija de sus ojos azules y el aplomo que mostraba al hablar. En consecuencia, encargó al despacho una mansión en la avenida Prairie, a la altura de la calle Veintiuna, entre las residencias de otros magnates de Chicago. Allí, de vez en cuando se veía ir juntos al trabajo a Marshall Field, George Pullman y Philip Armour, un trío de titanes vestidos de negro. Root diseñó una casa de tres plantas con el tejado en punta y que se construiría a base de ladrillo rojo, arenisca beis, granito azul y pizarra. Burnham pulió el proyecto y se puso al frente de la construcción. Un día que supervisaba las obras a la entrada de la casa, se le acercó un joven de actitud algo soberbia y una forma peculiar de andar (que en su caso no se debía a la vanidad, sino a una malformación congénita).

Su nombre, Louis Sullivan, no significaba nada para Burnham. Aún era pronto para eso. Conversaron. Sullivan tenía dieciocho años, y Burnham veintiocho. Hizo a Sullivan la confianza de que no pensaba conformarse con la construcción de viviendas: «Mi idea es crear una gran empresa, trabajar en grandes proyectos, tratar con grandes empresarios y montar una gran organización. No se puede trabajar en nada grande sin una organización».¹⁰

Otro visitante asiduo de las obras era la hija de John Sherman, Margaret, una muchacha guapa y rubia que justificaba sus visitas diciendo que su amiga Della Otis vivía en la acera de enfrente, y añadía que no solo admiraba la mansión, sino también a su joven arquitecto, que tan a sus anchas parecía estar entre montones de arenisca y de madera. Burnham tardó un poco en darse por aludido, pero al final la pidió en matrimonio. Margaret accedió. Tras un noviazgo sin problemas, sobrevino el escándalo: el hermano mayor de Burnham había falsificado cheques en perjuicio del negocio farmacéutico de su padre. Burnham acudió inmediatamente al padre de Margaret para romper el compromiso, alegando que el noviazgo no podía prosperar a la sombra de un escándalo. Sherman le dijo que respetaba su sentido del honor, pero rechazó el gesto con un tranquilo comentario:

—En todas las familias hay una oveja negra.¹¹

Un tiempo después, Sherman, que estaba casado, se fugó a Europa con la hija de un amigo.

Burnham y Margaret se casaron el 20 de enero de 1876. Sherman les compró una casa en la calle Cuarenta y tres, a la altura de la avenida Michigan, cerca del lago, pero sobre todo de los mataderos. Les quería cerca. Aunque tuviera simpatía por Burnham y viera el matrimonio con buenos ojos, no se fiaba del todo del joven arquitecto. Le parecía que bebía demasiado.

Las dudas que Sherman albergaba sobre Burnham no influían para nada en el respeto que le merecía como arquitecto. Hubo, pues, nuevos encargos a Burnham & Root, pero el más importante voto de confianza fue encomendarles la construcción de un portal de entrada a los Union Stock Yards que reflejase su creciente importancia. El resultado fue la Puerta de Piedra, tres arcadas de piedra caliza de Le-mont con tejado de cobre y, sobre el arco central, un busto del toro favorito de John Sherman, Sherman (sin duda un toque de Root). La puerta, convertida en un símbolo, ha perdurado hasta el siglo XXI, mucho después de que el último cerdo ingresara en la eternidad por la gran rampa de madera que llevaba el nombre de Puente de los Suspiros.

También Root se casó con una hija de los mataderos, pero su experiencia resultó más dolorosa. Mientras proyectaba una casa para John Walker, el presidente de los Union Stock Yards, conoció a su hija Mary, que durante el noviazgo enfermó de tuberculosis. Aunque su enfermedad se agravó rápidamente, Root se mantuvo fiel al compromiso, pese a que todos veían con claridad que se casaba con una muerta. La ceremonia tuvo lugar en la casa diseñada por el novio. Entre los invitados que aguardaban a la novia estaba Harriet Monroe, una poetisa amiga suya y hermana de la única dama de honor, Dora. «Nos asustó que la novia tardara tanto —contó más tarde—, pero al final apareció en el rellano del brazo de su padre, como un fantasma blanquecino, y lentamente, con paso vacilante, bajó por la ancha escalera arrastrando su pesada cola de satén, hasta llegar al ventanal adornado con flores y enredaderas. Fue un momento cargado de una extraña tristeza.» La novia de Root, delgada y blanca, hizo los votos con un hilo de voz. «Su alegría —escribió Monroe— era como joyas en una calavera.»¹²

Mary Walker solo sobrevivió seis semanas. Dos años después, Root contrajo matrimonio con la dama de honor,

Dora Monroe, algo que muy probablemente causó un grave desengaño a su hermana, la poetisa. Todo indica que Harriet Monroe también estaba enamorada de Root; vivía cerca, y visitaba con frecuencia a la pareja en su casa de Astor Place. En 1896 publicó una biografía de Root capaz de ruborizar al más pintado. Más tarde, en sus memorias, *A Poet's Life*, describió el matrimonio de Root con su hermana como «tan absolutamente feliz que mis propios sueños de felicidad, confirmados por su ejemplo, exigían un cumplimiento igual de venturoso, y no podían conformarse con menos».¹³ Como Harriet no llegó a encontrar a su media naranja, se dedicó en cuerpo y alma a la poesía. Con el paso del tiempo fundó la revista *Poetry*, que ayudó a lanzar a la fama a Ezra Pound.

Root y Burnham prosperaban. El despacho recibía una avalancha de encargos, entre otras razones porque Root había encontrado la solución a un problema constructivo que se remontaba a la propia fundación de la ciudad. Solucionándolo, contribuyó a que Chicago fuera la cuna de los rascacielos, pese a estar asentada en un terreno poco propicio.

La década de 1880 fue una etapa de crecimiento explosivo que hizo subir el precio del suelo a cotas inimaginables, sobre todo en el centro, el Loop («el Bucle», nombre inspirado en el trazado de las líneas de tranvía); y, en consonancia con el alza de los precios, los terratenientes buscaron la manera de aumentar la rentabilidad de sus inversiones. La meta era el cielo.

El principal obstáculo a la altura era la capacidad humana de subir escaleras, sobre todo después de unas comidas como las del siglo XIX, pero dicho obstáculo ya estaba vencido, gracias tanto a la aparición del ascensor como a la invención, por Elisha Graves Otis, de un mecanismo de seguridad para impedir la caída libre de la cabina. Quedaban, sin embargo, otras barreras. La más elemental era la propia natura-

leza del suelo de Chicago, cuyas características eran tan hostiles que un ingeniero describió el reto de poner cimientos en Chicago como «algo cuya perversidad probablemente no tenga parangón en todo el mundo».¹⁴ El lecho de roca quedaba casi a cuarenta metros de la superficie, profundidad excesiva para que, teniendo en cuenta los métodos de construcción de la década de 1880, fuera posible alcanzarla sin perjuicio para la economía o la seguridad. Entre el lecho y la superficie había una mezcla de arena y arcilla tan saturada de agua que los ingenieros la llamaban *gumbo*, como la espesa sopa típica del sur. Como esa capa se comprimía bajo el peso de cualquier edificación, incluso de la más modesta, para los arquitectos ya era una rutina proyectar los edificios con aceras que intersecaban la planta baja diez centímetros por encima de la superficie, con la esperanza de que el inmueble, al asentarse, arrastrase consigo las aceras hasta colocarlas al nivel de las demás.

Solo se conocían dos maneras de solucionar el problema del suelo: eludirlo construyendo a poca altura, o fijar cajones hidráulicos al lecho de roca. La segunda técnica exigía la excavación de pozos de gran profundidad en los que, una vez apuntalados, se bombeaba tanto aire que la presión acababa por contener el agua. El proceso se había hecho célebre por haber producido varias víctimas mortales de la enfermedad del buzo. Lo usaban sobre todo los constructores de puentes, que no tenían otra alternativa. Un caso famoso era el del puente de Brooklyn, cuyo constructor, John Augustus Roebling, había empleado cajones hidráulicos, pero su uso en Estados Unidos se remontaba más lejos: entre 1869 y 1874, mientras construía un puente sobre el Mississippi a su paso por Saint Louis, James B. Eads había descubierto que los trabajadores empezaban a sufrir la enfermedad del buzo a dieciocho metros del suelo, más o menos la mitad de la profundidad requerida para instalar un cajón hidráulico

en Chicago. Entre los trescientos cincuenta y dos hombres que trabajaron en el famoso cajón hidráulico del lado este del puente, doce murieron por una enfermedad relacionada con la presión, dos quedaron tullidos de por vida, y sesenta y seis sufrieron heridas. En total, un índice de afectados superior al veinte por ciento.

A pesar de los pesares, los terratenientes de Chicago querían beneficios, y eso, en el centro de la ciudad, equivalía a altura. En 1881, un inversor de Massachusetts, Peter Char-don Brooks III, encargó a Burnham & Root la construcción del edificio de oficinas más alto de Chicago, que pensaba llamar Montauk. Brooks ya les había procurado su primer gran encargo en el centro, el Grannis Block, de siete pisos, edificio en el que, según Burnham, «empezó a manifestarse nuestra originalidad. [...] Era una maravilla. Todos venían a verlo, y era el orgullo de la ciudad».¹⁵ El propio despacho, Burnham & Root, se instaló en el último piso (decisión potencialmente fatal, aunque en esa época nadie lo supiera). Pues bien, Brooks quería que el nuevo edificio fuera un cincuenta por ciento más alto, «siempre y cuando —dijo— el suelo pueda aguantarlo».¹⁶

Las diferencias entre los arquitectos y su cliente no tardaron en salir a flote, ya que Brooks era un personaje puntilloso y austero y no parecía importarle el aspecto del edificio, sino que fuera funcional. Sus instrucciones se anticiparon varios años al famoso consejo de Louis Sullivan de que la forma debe supeditarse a la función. «El edificio está destinado íntegramente al uso, no al ornamento —escribió—. Su belleza reside en su total adaptación al uso.» Nada debía sobresalir de la superficie de la fachada, ni gárgolas ni frontones, porque acumulaban polvo. Quería que todas las canalizaciones quedaran a la vista. «Lo de tapar los tubos es una equivocación; deberían ser visibles en todas partes, bien pintados, si es necesario.» Ni siquiera los lavabos del edificio se

salvaron del severo escrutinio de Brooks. En el proyecto de Root había armarios debajo de los aguamaniles. El cliente se opuso: los armarios «son un receptáculo ideal para la suciedad, y para los ratones».¹⁷

Lo más embarazoso del proyecto eran los cimientos. Al principio, Root pensó en recurrir a una técnica que los arquitectos de Chicago usaban desde 1873 para asentar edificios de altura normal: distribuir pirámides de piedra por la plataforma inferior. La ancha base de cada pirámide repartiría el peso y reduciría el asentamiento, mientras que su estrecho remate serviría como base para otras tantas columnas de apoyo. Sin embargo, diez pisos de ladrillo y piedra exigían pirámides enormes, y el sótano quedaría convertido en un verdadero Gizeh de piedra. Brooks se opuso. Él quería un sótano despejado para albergar las calderas y la dinamo.

Cuando Root encontró la solución, debió de parecerle demasiado sencilla. Se le ocurrió excavar hasta la primera capa razonablemente firme de arcilla, conocida como *hardpan*, y extender una plataforma de cemento de más de medio metro de grosor. A continuación, los obreros debían tender raíles de acero por su superficie, y encima de ellos otra capa en ángulos rectos. Así, siempre con el mismo sistema, se irían añadiendo niveles hasta que, una vez que la trama de acero estuviera completa, se rellenase y cubriese con cemento Portland con el objetivo de obtener una plataforma ancha y rígida, a la que Root puso el nombre de «cimiento flotante». Proponía, por decirlo de otro modo, un estrato de roca artificial que sirviera al mismo tiempo como sótano. A Brooks le gustó.

Ya terminado, el Montauk era tan nuevo y tan alto que no se podía describir con el lenguaje habitual. Fue el primer edificio que recibió el nombre de «rascacielos», un término cuya autoría se desconoce, pero que se ajustaba como un guante a la nueva construcción. «El Montauk —escribió

Thomas Talmadge, arquitecto y crítico de Chicago— fue a los edificios comerciales de altura lo que Chartres a las catedrales góticas.»¹⁸

En esa época, la innovación arquitectónica vivía momentos de esplendor. Los ascensores cada vez eran más rápidos y seguros. Los fabricantes de vidrio laminado lograban superficies cada vez mayores. William Jenney, del despacho Loring & Jenney (donde Burnham empezó su carrera de arquitecto), proyectó el primer edificio con estructura portante de metal, en el que la carga pasaba íntegramente de los muros exteriores a un esqueleto de hierro y acero. Comprendiendo que la innovación de Jenney liberaba a los constructores de la última restricción física a la altura, Burnham y Root la aprovecharon para erigir inmuebles cada vez más altos, ciudades de los cielos habitadas por una nueva raza de hombres de negocios que algunos llamaban «habitantes de los riscos»; hombres, en palabras de Lincoln Steffens, «que no aceptan ningún despacho que no esté muy arriba, donde el aire es fresco y puro, las vistas amplias y bellas, y se trabaja inmerso en el silencio».¹⁹

Burnham y Root se enriquecieron; no como Pullman, no hasta el extremo de pasar a formar parte de lo más selecto de la sociedad, con Potter, Palmer y Philip Armour, o de que los vestidos de sus mujeres fueran comentados en la prensa, pero sí más allá de todas sus expectativas; tanto, que Burnham podía comprarse cada año un barril de buen Madeira y darle dos vueltas al mundo en lentos cargueros para envejecerlo.

La consolidación del despacho hizo definirse la personalidad de cada socio. Aunque no carecía de talento como arquitecto y artista, el punto fuerte de Burnham era conseguir clientes y llevar a la práctica los elegantes planos de Root. Su estampa de hombre alto, guapo y fuerte, y sus ojos intensamente azules, le hacían ganar clientes y amigos del

mismo modo que se concentra la luz en una lente. Si hemos de creer a Paul Starrett, que tiempo después dirigiría las obras del Empire State Building y que había ingresado en Burnham & Root en 1888 como chico para todo, «Daniel Hudson Burnham era uno de los hombres más guapos que he conocido. Viéndole, se entendía que consiguiera encargos: solo con su buena planta y su apostura ya tenía ganada la mitad. En su boca, hasta lo más banal parecía importante y convincente».²⁰ Starrett recordaba haber sido sensible al consejo que siempre daba su jefe: «No hagáis planes pequeños; carecen de esa magia que enardece a los hombres».²¹

Burnham era consciente de que el motor artístico del despacho era Root, a quien atribuía el don genial de imaginar una estructura completa en cuestión de minutos. «En ese aspecto, nunca he conocido a nadie igual. Se quedaba callado, ensimismado, con la mirada distante. Ya tenía delante el edificio, hasta la última piedra.»²² También sabía que Root no tenía el menor interés por el aspecto comercial de la arquitectura, ni por preparar el terreno para futuros encargos alternando en el Chicago Club y la Union League.

Cada domingo por la mañana, Root tocaba el órgano en la iglesia presbiteriana. Era crítico de ópera para el *Chicago Tribune*, leía mucha filosofía, ciencia, arte y religión, y entre la flor y nata de Chicago tenía fama de conversador ingenioso, capaz de brillar prácticamente en cualquier tema. Oigamos a uno de sus amigos: «Era un interlocutor fuera de lo común. Parecía haber investigado todos los temas, y estar profundamente versado en cualquiera de ellos».²³ También tenía un malicioso sentido del humor. Un domingo tocó el órgano con especial gravedad, y así la gente tardó un poco en darse cuenta de que la melodía interpretada era «Shoo, Fly». Tenemos el testimonio de una mujer que, al ver juntos a Burnham y Root, siempre se imaginaba «un árbol grande y fuerte con relámpagos alrededor».²⁴